

AGENDA CIUDADANA

CHIAPAS EN EUROPA

Lorenzo Meyer

La Toma de Posición.- El tema de Chiapas en Europa también ha desembocado en una guerra de baja intensidad. Afortunadamente, estas batallas son de papel y se libran en la prensa. Los contendientes son, por un lado, quienes apoyan al Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y, por el otro, quienes personalizan el tema y se manifiestan no en apoyo del gobierno mexicano (hay pocos que se atrevan a hacerlo) sino en contra del EZLN y del subcomandante Marcos en particular.

En el frente europeo del conflicto chiapaneco, lo que los combatientes buscan es ganar a la opinión pública; su simpatía y su apoyo político y económico, pues las organizaciones no gubernamentales (ONG) europeas, que están muy activas en varios teatros del tercer mundo, requieren de respaldo político frente a los gobiernos y de recursos materiales para llevar a cabo su labor. Las opiniones sobre el tema son, necesariamente, de un puñado, pero la audiencia es amplia y los argumentos fuertes.

En estos días, las noticias aparecidas en la prensa española sobre México son pocas, pero las que hay se centran en dos temas: a) el de Chiapas y b) la inseguridad que reina en las calles y campos mexicanos. Curiosamente, el tema del petróleo, tan importante para el sistema económico internacional, apenas si se toca en relación a México.

Las Posiciones.- En la segunda quincena de febrero, los asuntos mexicanos aparecieron poco en las páginas de los diarios españoles, pero en la medida en que lo hicieron, el espacio lo acaparó el tema de Chiapas, que en dos ocasiones mereció una página entera de *El País*. La primera, con un artículo de opinión del escritor peruano nacionalizado español, Mario Vargas Llosa (15 de marzo), y la otra con una inserción pagada en el mismo diario, donde un colectivo que se identifica con el lema “Solidaridad YA”, respondió a las

críticas que hiciera el famoso escritor a la figura del subcomandante Marcos y al resultado de su acción, (22 de marzo).

El artículo de Vargas Llosa --precedido antes por otro de Enrique Krauze donde se hacía una crítica al “neoindigenismo” mexicano relacionado con el conflicto chiapaneco-- tomó como punto de partida y fundamento el libro recién publicado por dos corresponsales europeos con larga residencia en México, Bertran de la Grange y Maité Rico, y que se titula *Marcos, la genial impostura*. Como se sabe, la obra es un análisis bastante crítico del zapatismo y, sobre todo, de las figuras del subcomandante Marcos y del obispo Samuel Ruiz. El comentario de Vargas Llosa sobre el libro --que, por cierto, no se encuentra disponible en las librerías de España-- resulta en realidad un pretexto para desarrollar una tesis ya presentada por otros desde 1994: la rebelión de los neozapatistas no ha contribuido en nada a mejorar las condiciones de vida de los indígenas de Chiapas ni la democratización del país sino todo lo contrario. Sin embargo, la verdadera nota del comentario del novelista la da la serie de adjetivos y descalificaciones de Marcos, entre ellos los de: “bufón del tercer mundo”, “estrella mediática internacional gracias al frenesí sensacionalista, ávido de exotismo, de los medios de comunicación y la irresponsable frivolidad de cierto progresismo occidental”, “imagen clónica [del Che Guevara]”, “modelo de Benetton”, manipulador de “simples cobayas” indígenas (la frase es de De la Grange y Rico), etcétera. Para Vargas Llosa, este imitador del Che que es Marcos, ha llegado hasta donde ha llegado en el panorama europeo y norteamericano, gracias a los medios de comunicación “avidos de exotismo” y, sobre todo, a la acción de las ONG donde alemanes, franceses o italianos “pueden transferir cómodamente sus culpas históricas a México” pues en Marcos han encontrado el “Robin Hood” que estaban buscando como resultado de sus fantasías, superficialidad e irresponsabilidad.

La posición opuesta quedó bien resumida en una contestación a lo escrito por Vargas Llosa suscrita por el colectivo “Solidaridad YA”, cuyos autores registraron la autoría de un carta abierta ante notario para evitar así firmar con sus nombres y eludir su detección por parte del gobierno mexicano. La inserción pagada se titula “El drama de Chiapas: carta abierta al señor Vargas Llosa” y está escrita en un lenguaje artificialmente comedido, que busca contrastar con el empleado por el famoso escritor. El argumento central de la carta es la dureza de la política gubernamental hacia los indígenas de Chiapas y la ilegitimidad de la situación creada por la represión ante demandas justas en el mundo actual: la autonomía cultural de las minorías étnicas. Además, frente a la acusación de que los miembros de la ONG extranjeras sólo quieren lavar sus complejos históricos de culpa, los del colectivo defienden el derecho y su obligación a no ser indiferentes ante las violaciones de los derechos humanos en cualquier parte del mundo. El desplegado, palabras más, palabras menos, simplemente vuelve a suscribir los argumentos que sigue esgrimiendo cada vez que puede, el presidente senegalés de Amnistía Internacional, Pierre Sané, que no deja de sacar el tema de Chiapas cuando viene a cuento mencionar un ejemplo de un país donde los derechos humanos de una minoría están siendo violados por la policía y el ejército.

En cualquier caso, los del colectivo tienen de su lado el que ellos si han estado en Chiapas, y cualquiera que haya visitado últimamente a las comunidades indígenas y haya visto las condiciones en que viven esos voluntarios extranjeros, no puede menos que admitir su capacidad de sacrificio para, con su presencia, disminuir las posibilidades de que vuelva a ocurrir una matanza como la que tuvo lugar el 22 de diciembre pasado.

De una manera menos dura, irónica y visceral que la de Vargas Llosa y más académica, *Datamex*, una publicación primero semanal y hoy mensual del Instituto Universitario Ortega y Gasset de Madrid --donde se informa y analiza la realidad mexicana

para los que en Europa estén interesados en este tema --, se sostiene que las ONG y parte de la opinión pública europea, han usado el conflicto de Chiapas para “recrear sus imágenes del buen salvaje y del justo revolucionario” (marzo de 1998). La publicación, dirigida por Pedro Pérez Herrero, reparte por igual las culpas por la prolongación del conflicto en el sur de México, entre los rebeldes y el gobierno, ya que, afirma, ambos han propiciado una dinámica “en la que predomina el diálogo entre sordos”. Sin embargo, a final de cuentas, acepta como legítima y propia la preocupación del gobierno de Ernesto Zedillo por defender “la unidad nacional” frente a la pretensión del subcomandante Marcos de “lograr el beneplácito del Estado mexicano para obtener los elementos constitutivos de un Estado-Nación nuevo dentro de otro ya existente”.

Comentario.- El supuesto de que la autonomía indígena tal y como la demanda el EZLN, es contraria a la “unidad nacional”, no es explicado sino asumido. Sin embargo, la validez del supuesto no es evidente y el tema debe de abordarse dando cuenta de las razones por las cuales se supone que hay una incompatibilidad entre las demandas de autonomía de los rebeldes indígenas y la integridad nacional. Por ejemplo, la autonomía que desde hace más de medio siglo consiguieron los yaquis de Sonora, tras luchar por ella a sangre y fuego -- y sobre cuyos resultados prácticos se puede discutir mucho, pero no sobre su existencia--, no ha puesto, para nada, en peligro la unidad nacional mexicana a pesar de que una parte de la comunidad yaqui se encuentra en el otro lado de la frontera, en Arizona. Más lejos de la frontera y más cercanas a Chiapas, está la experiencia de varias comunidades indígenas oaxaqueñas que han combinado su autonomía con el apoyo político al PRI. Quizá sea la ausencia de esto último en Chiapas --la liga entre autonomía y apoyo al PRI--, lo que realmente preocupa al gobierno. El ensayo de Enrique Florescano sobre el problema de la *Etnia, el Estado y la nación* en México, y al que en otras ocasiones ya se ha hecho referencia

en este espacio, muestra que no hay bases históricas para calificar a las demandas de autonomía indígena de un peligro para la unidad nacional.

En una visita que recientemente hice a Acteal, y tras discutir el tema con los propios dirigentes de la comunidad y del municipio en rebeldía, el argumento de la demanda de la autonomía se centró, no en la creación de un hipotético “cuarto piso de gobierno” (una instancia distinta del gobierno municipal, estatal y federal), sino en lograr el “municipio indígena libre”. Su lucha, aseguraron, no es por deshacer la unidad de la nación, sino por algo mucho más simple: por controlar, en función de sus propios intereses como comunidad, el espacio inmediato en el que se mueven y donde, hasta hoy, sólo han experimentado manipulación y coerción. Es por ello, me dijeron, que aunque necesitados y rodeados físicamente por el ejército y por comunidades pro gubernamentales, se niegan a aceptar la ayuda del gobierno o a modificar su posición política pues, a la larga, dijeron, van a conseguir lo que buscan aunque a la corta el sacrificio sea mucho.

Pero vamos a lo dicho por Vargas Llosa. De entrada, está la manera en que lo dice: lo visceral de su escrito termina por decir muy poco sobre Chiapas, los indígenas o incluso el subcomandante Marcos, y si, en cambio, mucho sobre el propio escritor y sobre su visión de los indígenas del continente al que formalmente ha renunciado al dejar la nacionalidad peruana. Desde luego que no hay nada malo en tomar el libro de De la Grange y de Rico como punto de partida para analizar el complicado asunto chiapaneco --ambos son unos profesionales del periodismo con un buen conocimiento de México y su posición política es tan válida como la opuesta--, pero para dar contenido a los rotundos comentarios que el famoso autor de “La ciudad y los perros” hace sobre un tema tan complejo como es el de Chiapas, debió de haber consultado bibliografía adicional de carácter menos periodístico y coyuntural. Una, por ejemplo, con mayor sentido de la historia y escrita antes de que

estallaran las pasiones, como son los trabajos de Antonio García de León (Resistencia y Utopía. México ERA, 1993), Thomas Benjamin (El Camino a Leviatán, México CONACULTA, 1990) o Jan de Vos, La batalla del Sumidero, México, CONACULTA, 1990). Ese tipo de obras, junto con los reportes de la Comisión Nacional de Derechos Humanos publicados antes del 1º de enero de 1994, hubieran dotado a Vargas Llosa con mejores herramientas para explicar la reacción armada de las comunidades indígenas chiapanecas. Dentro de una perspectiva no coyuntural, el subcomandante Marcos bien podría ser considerado como parte del liderazgo externo que históricamente ha sido vital para un buen número de rebeliones indígenas -- tanto en Chiapas como en muchos otros puntos de la república. Estos dirigentes permiten establecer medios de comunicación esenciales con el mundo que rebasa las fronteras de la región. Son, pues, intermediarios que actúan más como catalizadores que como origen de los levantamientos.

Pasemos al argumento central: que las comunidades indígenas de Chiapas están peor hoy de lo que estaban antes de 1994. Esa es, desde luego, una posibilidad, aunque no estaría mal demostrarla con indicadores. Pero aceptemos la hipótesis del deterioro. En el corto plazo ese es un hecho propio y casi inevitable no de Chiapas sino de prácticamente cualquier movimiento social y político que busca alterar por la vía del enfrentamiento las condiciones existentes. Desde luego que a los cuatro años de iniciada la lucha de independencia México estaba peor de lo que estaba antes del 16 de septiembre de 1810, cuando el cura Miguel Hidalgo, un criollo, decidió llamar a los indios para destruir el poder colonial español. También es posible que la situación de muchas comunidades indígenas empeorara después de que un criollo --Juan N. Álvarez-- iniciara en el sur de México, apoyado por los indios, un movimiento armado para acabar con la dictadura de Antonio López de Santa Anna, y que fue el principio de la terrible Guerra de Reforma. Y ni duda que para mediados de 1914, el país

estaba peor, mucho peor, de lo que estaba antes del 20 de noviembre de 1910, cuando Francisco I. Madero, un terrateniente rico, llamara a peones, vaqueros, mineros e indios a iniciar el movimiento armado contra la dictadura de Porfirio Díaz. Y podemos llevar el argumento más lejos; desde luego que en 1943 Europa estaba mucho peor que en 1939, cuando Inglaterra y Francia, en vez de continuar apaciguando a Hitler, decidieron enfrentar a la política de expansión del dictador nazi y le declararon la guerra. En todos esos casos, y en miles de otros similares, la principal responsabilidad histórica por los sufrimientos ocasionados a la sociedad durante el desarrollo de los movimientos de rebeldía o de resistencia a los avances de la injusticia, no los tienen tanto los rebeldes y los que resisten, como aquellos que antes propiciaron la creación de una situación tal que cerraron la puerta a la confianza, a la esperanza de que la disputa política civilizada, la transformación pacífica y ordenada del *status quo*, permitiera acabar con una dinámica injusta, ilegítima.

Dice Vargas Llosa, y estas ideas siguen argumentos que se plantearon hace tiempo, que la rebelión del EZLN no ha servido para avanzar en la necesaria democratización de México sino de todo lo contrario, de coartada para que el régimen use el miedo (quien no se recuerda del slogan zedillista de 1994 “yo voto por la paz”), se perpetúe y de mayores recursos al ejército. Pero ¿acaso no fue el aprieto en que el EZLN puso a Carlos Salinas lo que obligó a ese presidente a dar marcha atrás en su decisión de mantener el control del Instituto Federal Electoral (IFE) y empezar a permitir la independencia de la organización encargada de preparar y vigilar los procesos electorales? La presión creada por los zapatistas -- entre otras presiones, desde luego--, obligó al gobierno a buscar elecciones creíbles por primera vez en la historia del régimen. Ningún observador serio del proceso político mexicano contemporáneo puede negar la relación causal entre la aparición de los consejeros electorales independientes en el IFE en 1994 y la crisis política resultado de la aparición del

EZLN, es decir, de una instancia armada de disputa por el poder que se justificaba precisamente por la falta de credibilidad de los instrumentos pacíficos, es decir, de todas las elecciones anteriores.

El Significado.- Seguir concentrando la atención externa sobre México en problemas como el chiapaneco, la inseguridad en la vida cotidiana mexicana o en el narcotráfico, es hacer patente el debilitamiento del aparato del Estado y la confusión que hoy reina dentro de la clase política mexicana. A nadie le conviene, ni al gobierno que tanto ha apostado a la globalización y a la conexión internacional de México, ni al resto de los mexicanos, que la imagen de México en el exterior se mantenga anclada a temas como los aquí tratados. Sin embargo, para modificar esta situación ya no se puede recurrir sólo a las versiones de la Secretaría de Relaciones Exteriores ni a una campaña de prensa y propaganda como en las viejas épocas en que el anticomunismo hizo que una represión tan brutal como la que efectuó el ejército en Guerrero en los años setenta, se mantuviera fuera de las páginas de la prensa extranjera. No, hoy para acabar con la obsesión chiapaneca hay que dar una solución real, audaz, de fondo, a la compleja problemática. Esa es la única salida. Desafortunadamente es la que sigue sin verse.